

## **Del difícil matrimonio entre el poeta y el pueblo**

Encuentros y desencuentros entre Elvio Romero y el Paraguay del exilio.

El eterno dilema del escritor comprometido, el problema del pueblo, de cómo hablarle siendo un extraño para él, se intensifica para el escritor paraguayo, porque a la pregunta de cómo hablarle se le impone otra aún más urgente: en qué idioma hacerlo. La historia paraguaya parece una herida que aún no se cierra, la historia de una sucesión de dictaduras y guerras coronada por el casi medio siglo stronista que dividió al país en dos: el Paraguay territorial y el nómada que buscó su patria puertas afuera. La literatura paraguaya ya había nacido doble entre la lengua del dominador, el castellano, y la extraordinaria resistencia del guaraní. Pero a esta división se le sumó la de las dos literaturas paraguayas producidas tras estos treinta y cinco años de tiranía: la que se produjo pobremente puertas adentro durante el régimen de Stroessner, sin libertad de crítica ni de renovación; y la otra, la literatura del exilio, quizás la literatura más paraguaya aunque se haya escrito en París o Buenos Aires. Se suceden las heridas entonces. Llegarle a lo que se entiende como pueblo a través de una práctica –la literaria- que le resulta ajena porque la lengua de la oralidad guaraní no se identifica con la tradición del Quijote, sino que sólo reconoce en ella una estratificación de clase, de las reducciones -en el momento de la colonia- a la lengua de los patrones de la capital -en el presente. La estratificación lingüística como correlato de la social es ya una herida. Escribir en el exilio es amputar la posibilidad de lo que busca todo escritor: un público propio. Gabriel Casaccia, Roa Bastos y Elvio Romero –entre muchos más- siempre escribieron al Paraguay, sabiendo las escasas posibilidades de que los paraguayos de Paraguay los leyeran, que el público más probable no hablaba guaraní y que no quedaba otra que adoptar la lengua “prestigiosa” de la estratificación.

A pesar de todas estas dificultades, Elvio Romero se empeñó en extraer del pueblo paraguayo la temática preponderante de su poesía, pero no fue éste un objeto, sino que al contrario, el pueblo paraguayo aparece como una entidad viva, activa y de la que se pretende una respuesta. La finalidad última de Romero era la de hacer que de una buena vez la historia paraguaya dejara de sangrar y comenzara a construir, y para esto no sirve la recreación romántica del color local, que construye meras estampas inmóviles; la poesía de Romero es un llamado a la lucha y por eso se identificó con un antecedente que –paradójicamente- no es ajeno a la tradición del Quijote. La fascinación por los poetas que lucharon en la Guerra Civil Española lo lleva a promocionar a Miguel Hernández (símbolo de la lucha) dentro del contexto latinoamericano cuando aún no era aquí un poeta reconocido, pero además la poesía de ese contexto bélico está presente en gran parte de su producción porque la forma en que Romero interpela al pueblo paraguayo recuerda las exhortaciones que poetas como Hernández hacían al pueblo español. Es decir, una apelación a partir de la ambigüedad de esa categoría –la de pueblo- en un formato de lucha viril, para la que se recurre a veces a formas de la poesía popular, cuyas construcciones sencillas delatan la inmediatez de la respuesta esperada. Quizás la solución de Romero para alinearse en una herencia de literatura combativa, no se avenía del todo con los tiempos paraguayos, porque el pueblo paraguayo no sólo no era su receptor inmediato, sino un receptor casi imposible. Pero el exilio, que desvía a los sujetos precisamente de esa realidad inmediata, obliga a tomar caminos imprecisos y a veces equivocados. No es dable decir en la comodidad de cierta estabilidad política lo que no pudieron hacer nuestros antecesores durante regímenes tiránicos. Aclaro solamente que Romero exhorta a lo que entiende como *su* pueblo en castellano y en el exilio, y esto hace que “escribir para los de abajo” (título de uno de sus poemas) sea más un deseo que una realidad. Lo que cabe destacar, en resumen, es la asociación –subyacente- que Romero realiza entre el pueblo español en lucha y su Paraguay oprimido. En el fondo, lo que prima es la idea de una opresión generalizada sin distinción nacional, sino como diferentes fenómenos del sufrimiento de un mismo pueblo. Esto deriva en la empatía también hacia el pueblo vietnamita en el contexto de la guerra con Estados Unidos, que comparte con el español y el paraguayo el mismo sufrimiento:

## **Vietcong**

*Es como sombra.*

*Es más que sombra.*

*Es un respiro quieto, agazapado.*

*Es la pisada misma de la sombra.*

*Es la floresta.*

*Es más que la floresta.*

*Un esplendor, un hálito, un silencio.*

*Un eco agazapado en la floresta.*

*Es noche.*

*Es más que noche.*

*Es un silbido imprevisible, ciego.*

*Un silbido secreto de la noche.*

*Es junco.*

*Es más que junco.*

*Es más que el arrozal de las praderas.*

*Es vengador acecho entre los juncos.*

*Un árbol.*

*Más que un árbol.*

*Es el asedio al invasor, la tierra.*

*Es rostro bravo de color de un árbol.*

*Es día.*

*Es más que el día.*

*Lo que atenaza al opresor, la llama.*

*Es lo que anuncia el alborear del día.*

*Un pueblo.*

*Es más que un pueblo.*

*¡Un puñado de sueños donde el pueblo*

*levanta el puño por amor al pueblo!*

*(En Los innombrables)*

La artificiosa asociación con la lucha del contexto español mostró su debilidad con el correr de las décadas en las que se mantenía impenetrable la dictadura stronista. *Los innombrables* es de 1959, en ese contexto el poeta todavía soñaba con aires de revuelta popular, pero en *Los valles imaginarios* de 1984, el Paraguay es otro. Stroessner todavía se mantiene en el poder y lo hará por algunos años más, vencido por otro golpe militar (apoyado por su anterior aliado, Estados Unidos) antes que por la acción colectiva que esperaba Romero. En *Los valles imaginarios* el pueblo se caracteriza por el silencio y la ofrenda de la otra mejilla; es una especie de Cristo sufriente cuyo dolor impregna la poesía sin la esperanza (inmediata) de que deje de sangrar. Pero, aunque no sea agradable decirlo, este colectivo probablemente sea más paraguayo porque Romero deja de lado los parámetros ya estandarizados de la relación entre poesía y pueblo para intentar un acercamiento más

personal hacia el Paraguay que hace décadas que no pisa y que construye a partir de su memoria. Se suceden entonces mitos guaraníes, personajes y acontecimientos sociales específicos de Paraguay, sin caer en las idealizaciones armónicas del color local porque lo que ponen sobre relieve estos recursos es el carácter crístico, sufriente y contradictorio de la historia paraguaya. El poeta toma conciencia de la imposibilidad de ese público del que buscaba una respuesta cuando escribe finalmente para sus *pares* latinoamericanos.

*A qué cantar sino contar (fragmento)*

*Tantas cosas suceden  
que ya no puedo cantar; apenas puedo contar  
sobre la refracción del sol en estos pueblos dormidos,  
que hay una paz terrible en los corredores,  
que el aire se ha dormido en un cántaro seco  
y que todo el mundo está sordo  
y está mudo  
y ya nadie mira el amanecer, ni canta en el amanecer.*

*Yo ya no puedo cantar. Yo veo y siento  
esta malavisión. ¿Dejarán todos de cantar aquí  
como cantaban ayer, en tanto siga  
el silencio mortal sobre esta tierra,  
en tanto siga la soga,  
la imposibilidad de hablar, de gritar  
en el garito,  
y se esté sordo  
y mudo  
y estén presas la prosa y la poesía?*

*(En Los valles imaginarios)*

La pregunta que se me presenta obligada es la siguiente: ¿dónde está la herencia de Elvio Romero? Las respuestas no se dejan esperar cuando hablamos de un poeta destacado como uno de los más importantes de la poesía paraguaya. La cuestión resulta indiferente dentro de la postura de colonialismo cultural de Buenos Aires, porque el tan mentado “aire de cambio latinoamericano” todavía queda en eso, en el aire, sin trasladarse a hechos concretos, más allá de uno que otro tratado, por lo general apadrinado por los dólares del petróleo venezolano. Por la ausencia de una verdadera política de integración, Paraguay y su literatura siguen siendo esa “incógnita” que el peruano Luis Alberto Sánchez había querido descifrar hace más de 70 años. Ahora bien, el tema de las herencias es –ya lo dije– por demás engorroso. Se ha vuelto célebre la última adjudicación de esa herencia en el discurso de asunción de Fernando Lugo, quien lo reivindica junto con Augusto Roa Bastos y Rafael Barrett, en una tríada literaria tentadora para el intelectual de izquierda modelo aire-de-cambio-latinoamericano. Sin embargo, la vacilante postura de Lugo debe amalgamar las heterogéneas fuerzas que lo llevaron a la presidencia, con las que no siempre se corresponde bien el poeta de “Muerte en los obrajes”. La alianza que terminó con la hegemonía colorada se formó tanto sobre organizaciones sociales campesinas, como sobre intereses sojeros que veían –ven– en el ex-obispo una moderada represa contenedora de las exigencias populares.

Aunque, en el fondo, la apelación de Romero no quedó tan en el aire como los supuestos cambios latinoamericanos, sino que, a pesar de la ceguera cultural que la represión stronista imponía, en el mismo seno de la dictadura se fue gestando la resistencia campesina que aún

continúa. Se podría ensayar entonces otra continuidad, para la poesía de Romero, en el actual movimiento campesino y su homónimo Elvio Romero, maestro y dirigente de San Pedro, los mismos pagos del presidente, y también en el dirigente Bienvenido Melgarejo, apresado aquél y asesinado éste ya durante la presidencia de Lugo, pero que resultan de un movimiento que pareció recoger —a la distancia y en la ceguera— la apuesta más radical del poeta:

*Nosotros, los innombrables (fragmento)*

*Nosotros, los esclavos de siempre,  
los hombres de mirada perdida como la curva de los ríos bajantes,  
los de anchos pies descalzos como las hojas de los tabacales,  
acaparados por los golpes, adosados a los muros,  
chamuscados en la extensión espesa de los latifundios infernales,  
los que hacían los hijos como escupiendo al aire,  
los que llevaban sobre el pecho quemado  
los sembradíos y los tatuajes,  
comprendimos de pronto  
la voluntad sin tregua de nuestras gargantas,  
que no había milagro comparable al milagro de nuestras manos poderosas.*

(en *Los innombrables*)